



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

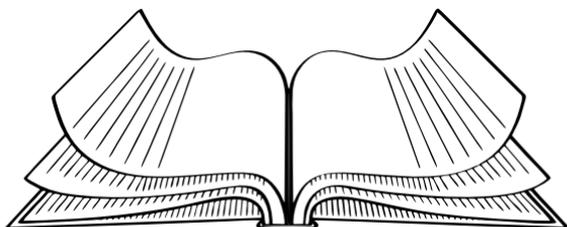
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
ABRIL-MAYO
2020





**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 25

www.porescrito.org

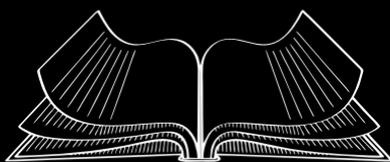




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Maniquí desorientado en la oficina de objetos extraviados Javier M. Paguaga	8
Tierra roja Iván Gutiérrez	9
Trazos Kemberly Yaquelin Oliva López	10
Río Bravo Mateo Mansilla-Moya	11
Cristales Andrea Naranjo	12
A la hora de la guerra Andrea Naranjo	13
Agonía Iván Gutiérrez	14
Aves nocturnas Iván Gutiérrez	15
Devenir Juan Carlos Padilla Monroy	16

FIRMAS

En lo que nos convertimos Cecilia Durán Mena	20
El rey María Elena Sarmiento	24
La fuerza de la inercia Virginia Meade	26

Felisberto Hernández o el aleteo de la levedad Enrique Héctor González	29
--	----

La cosa Andrea Fischer	33
--	----

GANADORES

Del Primer Concurso de Ilustración Blanco y Negro	34
---	----

IMAGINARIO 40

VOCES

Apoteosis Antonio Guevara	47
---	----

Venta por viaje Francisco Duarte Cué	50
--	----

Los santos óleos de la tía lejana Valeria Mendoza	51
---	----

Irrepetible derivación de ciertos actos tétricos Javier M. Paguaga	53
--	----

Tortura a la mexicana María Elena Sarmiento	56
---	----

En la jaula de los cocodrilos Mauricio Sarmiento Chavero	57
--	----

1915 Rodrigo Trujillo	58
---------------------------------------	----

Hablando por escrito

Tiempos de cuarentena, de precauciones y de contagio. Un enemigo invisible inauguró una época que ha puesto en jaque al sistema médico, ha retado a la creatividad científica y ha puesto a pensar a los filósofos sobre el significado de este tipo de escenarios globales. Todos hemos tenido que enfrentar el reto de reinventarnos, de cambiar y adaptarnos a las nuevas condiciones. Nos acomodamos, incluso antes de que podamos entender lo que está sucediendo.

Esta pandemia nos ha movido de lugar, ha cambiado nuestro modus operandi y tensiona nuestro modus vivendi. Nos pone a cuestionar la forma en que entablamos las relaciones interpersonales, nos lleva a cuestionarnos lo que es la dignidad y el derecho laboral, así como también, la capacidad de las autoridades de controlar la emergencia. Además, de evidenciar la crisis del sistema socioeconómico que nos ha regido durante las últimas décadas. No entendemos y desde nuestra individualidad apelamos a la colectividad.

Una histórica animadversión se ha cernido sobre la enfermedad. Tenemos miedo. Desde la antigüedad, estos brotes se han asociado a lo negativo, lo no deseado. Se creía que las pestes eran castigos divinos que recaían sobre una sociedad a causa del pecado o la falta que algún integrante de la comunidad había cometido. Es una preocupación que ocupa a la Humanidad desde tiempos ancestrales. Así lo manifiestan varios documentos a lo largo del planeta: en India, libro Susruta Shamita, en China Da Feng y Egipto el papiro Evers nos dejan evidencia.

Desde la antigüedad, en la tradición del pueblo judío que se narra en el Antiguo Testamento que la lepra se convirtió en el mal que simbolizaba el pecado, un mal mortuorio y contagioso por el que había que excluir a los infectados de la sociedad. Leemos que a los enfermos se les expulsaba de las ciudades y se les colgaba un cencerro para avisar a los sanos que no se acercaran. Tsará'ath es el vocablo en hebreo que denomina esta maldición. En tiempos de Moisés y en el tercer libro del Pentateuco se hace un diagnóstico diferencial amplio de diversas lesiones cutáneas (Levíticos 13). Existe todo un rito y simbolismo de la purificación de la lepra y la declaración del paciente como “limpio” (Levítico 14).

También en el Nuevo Testamento, se habla de la enfermedad, pero sin tanta insistencia como en el Antiguo Testamento. La lepra, aparte de los Evangelios, no vuelve a aparecer en ninguno de los veintisiete libros que se escribieron después de la resurrección de Jesús. Ni en el libro de Hechos de los Apóstoles, a pesar de haber sido escrito por Lucas, “el médico”. No aparece el tema ni en las epístolas ni tampoco en el Apocalipsis.

La relación intrínseca que mantienen literatura y enfermedad nos enfrenta a situaciones limítrofes que ponen en crisis nuestras maneras de entender el mundo y hablar de él: La literatura es un espacio privilegiado para dar cuenta de estas fisuras, de estos horrores que no nos atrevemos a ver en los demás ni en nosotros mismos. Es en el espacio literario donde se logra hacer de lo inexpresable, algo inteligible. La ficción nos ayuda a aterrizar aquello que no quisiéramos materializar.

La literatura sirve como plataforma en donde la enfermedad pasa de ser síntoma a signo —lingüístico—, y como la experiencia de ésta, ya sea íntima o colectiva, se transforma en material literario con el potencial de expresar visiones de mundo, contextos y circunstancias particulares de la existencia humana.

Escribir sobre enfermedades se empieza convertir en una peligrosa costumbre, porque por un lado está el no siempre bien entendido aserto “de lo que no se puede hablar mejor es callar”, traducido otras veces por “de lo que nada se sabe mejor es no hablar” del filósofo Wittgenstein, y por otro lado está la insistencia comprensible de profesionales y medios por conocer más y mejor un problema que llega, o parece que llega, de forma inminente.

La inmensidad de la literatura nos da un lugar seguro para refugiarnos. Sólo por ahondar en una obviedad: las letras más valiosas son aquellas que escribieron quienes habían llegado a sitios inhóspitos y habían vuelto para contarlo. Leer tiene la función de llevar al lector a maravillarse con lo que oculta un mundo desconocido con el que no se puede ni soñar y al que no se apira llegar. Leer en cierto sentido, es experimentar.

Por ese afán, hemos decidido mirar profundo y tirar las redes para seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes, el número veinticinco.

La editora general



Paúl Núñez

Maniquí desorientado en la oficina de objetos extraviados

Javier M. Paguaga

tiene 23 años y es la aprendiz de abogada
cuyas lánguidas manos crepitan con cada apretón,
casi siempre lleva pintalabios
un poco más allá de la comisura de la boca
—esa boca con que despedaza
las entrañas del amante de turno—

telefona al mediodía para invitarme
a un asqueroso bar de mala muerte,
se sienta a la mesa tal como lo haría
un maniquí desorientado
en la oficina de objetos extraviados

al marcharse observo a la distancia:
los parajes solitarios también engendran
monstruos y mártires adorables

Nina es tan solo una niña asustadiza
que se consuela en regazos
de fulanos de picha pequeña
—patéticos tipejos canosos
que pretenden ser escritores—



Paúl Núñez

Tierra roja

Iván Gutiérrez

Tierra roja suspendida en el viento,
en el monzón, que sopla sin cesar,
por encima de estepas y desiertos,
y llena el pelo y el aliento.

Niños que van a matar a otros niños,
destruyen aldeas, masacran familias,
en nombre de una matanza sin fin.

Ya no existe el Valle de los Leones,
ni el Río de los Leopardos.

La última bestia salvaje
que quedó es el hombre.

Niños salvajes, crías de fieras,
armados con ametralladoras.

Tierra roja como la sangre derramada
que ahora absorbe la arena seca.

Vidas dispersas, no engendrarán
otra vida,
porque les absorbió la nada
de tragedia insensata.



Paúl Núñez

Trazos

Kemberly Yaquelin Oliva López

Bajo el vendaval risueño,
bajo el dolor de los rayos veraniegos,
bajo la calidez de la desnudez,
bajo el llanto del ruseñor;

me acogió, en el vacío de su mirada,
en la rigidez de su templo,
en el refugio de libre anhelo,
de grato despecho.

Bajo el vendaval pesaroso,
bajo el regocijo del brillo estelar,
bajo el frío abrazo de las mantas,
bajo el murmullo de la infinita oscuridad;

me abandonó, en el vasto llano del colchón,
en la suavidad desértica de las sábanas,
en el campo de batalla, de lamentos sin dueño.

Y gemí y rugí y lloré.
Y entendí y aborrecí.
Y me desvanecí.

¿Qué era yo, sino, un mero suspiro de la nada?
¿Qué era yo, sino, trazos de viejo aceite?



Paúl Núñez

Río Bravo

Mateo Mansilla-Moya

Solíamos caminar
a la orilla del río
del lado en que el olor de los naranjos se perdía
con el de los cuerpos putrefactos
de los catanes
que los niños habían abandonado sobre la arena.

Eran los días
en que la sal del Golfo
nos raspaba la nariz
y la tez del cielo
se volvía la nuestra.

Habíamos aprendido a jugar con el sol
al otro lado del río
donde aún podíamos escuchar
que alguien nos esperaba.

Conocíamos
el lenguaje de las plantas
porque las habíamos contemplado
dialogar con sus sombras.

A pesar de que eso nos reconfortaba
y nos hacía sentir en casa,
nos sabíamos extranjeros
en el lugar al que alguna vez
llamamos patria.



Paúl Núñez

Cristales

Andrea Naranjo

El fusil disipó el silencio
a la hora de la cena,
todos se miraron
y los cristales empezaron a romperse.
La lluvia llegó temprano como de costumbre,
quedaron los fantasmas
con la vigilia que deja el llanto.



Paúl Núñez

A la hora de la guerra

Andrea Naranjo

A la hora de la guerra
los noticiarios alientan el grito al alma
y el gobierno se convierte en un muro altísimo
donde los soldados
van dejando al paso sus sueños.



Paúl Núñez

Agonía

Iván Gutiérrez

Te escribo.
La tinta expresa palabras
que mi boca calla.

Te reescribo.
Mi piel transpira la llama
que mi razón apaga.

Te describo.
Pérfido amor que mi pasión desdeña,
que el fuego de tu piel implora,
y de soslayo mi ser desprecia.

Te des-escribo.
Infame verso que tu amor suplica,
lacera mi puño que de escribir no cede,
mis dedos arden al no tocarte.

Y suscribo.
Hasta que mis manos se desangren sobre el papel,
mi garganta desgarré tu nombre,
y mi pluma maldiga tu ser.



Aves nocturnas

Iván Gutiérrez

A través de tu azul crepuscular
navegan sin descanso mis aves nocturnas
al arribo de tus arcanos puertos.
Sus alas blancas reposan al ocaso de tus senos.
Endebles sus pechos, inhalan con esfuerzo el denso vapor de tus labios,
incitan los infiernos, a tu oído trinan sus fuegos internos
remontan el vuelo hasta anidar tus sienas,
En espirales se precipitan hacia la profunda caricia,
un tenue aleteo de tus piernas se desprende,
sublime tintineo armónico, casi imperceptible, que
transgrede las fronteras del pudor y la calma,
un deseo incontrolable de emigrar al filo de unas sábanas blancas,
donde reposan las cenizas de la libertad y el sometimiento,
Y una leve llovizna de plumaje te baña y te cobija,
mientras tus dedos van sanando las heridas que dejó la tempestad.



Paúl Núñez

Devenir

Juan Carlos Padilla Monroy

Somos los mismos, pero nunca los mismos.
El mundo fluye y nosotros cambiamos con él.

Aún con la mar en calma
las olas van y vienen,
la marea se eleva,
destella el rayo, ruge el trueno,
se desata la tempestad...
Algunos náufragos se pierden, para siempre,
y otros resisten, hasta que serena el mar.
Rayo, marea y trueno,
asoman,
nuevamente.
Nunca la misma,
pero siempre tempestad.

Somos los mismos, pero nunca los mismos.
Nosotros influimos y el mundo cambia también.

Como fuego entre las brasas
nos movemos caprichosamente,
lanzando chispas repentinas,
abrazando el aire, asfixiando la leña...
deteriorando y consumiendo,
sin motivo alguno.
Así, poco a poco,
nos vamos extinguiendo,
chirriando, crujiendo, perdiendo calor.
De voraces conquistadores
a resguardo de vagabundos
en la cena de las cenizas.

Somos los mismos, pero nunca los mismos.
La realidad golpea y nosotros reaccionamos.

Nacen y mueren los imperios,
las ciudades, sus monumentos...
El tiempo no se detendrá,
los héroes serán arrastrados por la historia,
hasta las fronteras desaparecerán
y lo que permanezca morirá...

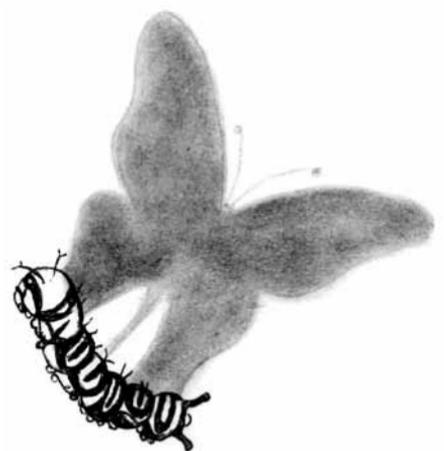
La angustia se hará presente
porque anhelamos permanecer
y dejar las cosas como están,
Pero mañana cambiará todo
y aquellos aciagos días
no volverán jamás.

Somos los mismos, pero nunca los mismos.
Nosotros crecemos y se marchita el mundo.

Es incierto lo que trae el cambio, pero
¿qué no se puede adaptar?
Para todo hay un momento,
nada es para siempre,
nuestra existencia llegará a un final
y habrá que aceptar la muerte,
crepúsculo misterioso que precede a la elegía,
cuyo canto sólo brillará
si durante el día, recibimos al sol,
con grande alegría.
Se acurruca el agua, danza el fuego,
retumba la tierra y silba el viento...
y sólo así el alma vive.

Somos los mismos, pero nunca los mismos.
La vida se acelera y nosotros sobrevivimos.

El devenir del mundo
no es una bella metáfora,
es una realidad cotidiana
en la que un día, de la nada,
nada vuelve a ser igual.
Debemos aceptar esta verdad,
pues la dinámica del mundo
fuera está de nuestro alcance
y sólo en la voluntad humana
podrá ella manifestarse.



Paúl Núñez

Inscríbete
al programa

seguidores



de la Compañía Nacional de Teatro
www.seguidorescnt.com

mayo 2020

Síguenos a través de nuestras redes sociales para mantenerte informado acerca de las actividades que la **Compañía Nacional de Teatro** estará ofreciendo durante este periodo de contingencia, para que puedas seguir disfrutando de nuestros eventos artísticos.



Compañía Nacional de Teatro



CNTeatromx

LNK



CNT



FONCA



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



INBAL

 [inba.gob.mx](https://www.inba.gob.mx)

En lo que nos convertimos

Cecilia Durán Mena

*La estupidez insiste siempre
La peste, Albert Camus*

Le bloquearon el paso. Se pusieron en fila en el vestíbulo de la entrada y no la dejaron pasar. Iban armados con sus aerosoles y desinfectantes. Uno de ellos llevaba una esponja que apestaba a cloro. El movimiento se gestó en forma estratégica. En el chat que tenemos, Patricia, una de las vocales administrativas del edificio, empezó a conminar a los vecinos para que despidiéramos a las personas de limpieza y fuéramos nosotros, desde nuestro confinamiento las que nos encargamos de las labores domésticas de nuestros departamentos y de las áreas comunes que nos quedaran cerca.

Don Tomás, el conserje y velador del edificio, fue el primero en recibir la sentencia de la junta administrativa del edificio. Se le dio un sobre con los billetes exactos que sumaban justo una quincena de sueldo y un ya no venga, por favor, es por su bien y por el de todos nosotros. Pero, si yo no entro a sus casas, si yo hago la limpieza por las noches, cuando ustedes duermen, si ni me tienen que ver. Váyase, don Tomás, ya regresará cuando acabe la pandemia. ¿Y eso, cuándo será? Patricia elevó los hombros y terminó la conversación agitando la mano, guardando una sana distancia.

Se fue don Tomás con la postura jorobada, haciendo cuentas, imaginando cómo le haría para estirar el contenido del sobre para sobrevivir la pandemia. Los integrantes de la junta directiva suspiraron con alivio: una fuente de contagio menos. La siguiente sería ella, ni modo, es por el bien de todos. El problema es que Eulalio no mostraba mucho entusiasmo para despedir a la enfermera que cuidaba a su padre. Qué fácil es opinar desde el extranjero. Lo siento, Chayito tiene que seguir ahí, cuidando a papá. Yo no lo puedo hacer, las fronteras están cerradas.

2.

Patricia se despierta temprano, se echa gel antibacterial en las manos y se talla con entusiasmo. Abre las cobijas y sale de la cama. Va al baño. Abre la llave del agua, se moja las manos y vuelve a cerrar el grifo para que no se desperdicie el agua, se frota el jabón en las palmas hasta hacer espuma, se enjabona el dorso y se restriega los dedos uno a uno durante veinte segundos. Para estar segura de que son los veinte segundos, canta Feliz cumpleaños a ti, varias veces. Vuelve a abrir la llave de agua y se enjuaga. Agita las manos con fuerza y jala una toalla limpia para secarse. ¿Y si la toalla no está limpia? No hay que correr riesgos, se vuelve a lavar las manos.

Frente al espejo del baño, se empieza a peinar. Le dijeron en alguno de los chats que tenía que recogerse el pelo y hacerse un chongo de bolita para

que el virus no se le pegara. Sí, peinada de esa forma no se ve muy bien, la cara se le alarga y las arrugas alrededor de labios y ojos se hacen más evidentes. Como en otro chat le dijeron que no hay que dejar de arreglarse, se pinta los labios de un rojo intenso, se perfuma y queda lista para empezar el día.

Prepara café y se pone a coser tapabocas para regalar a las enfermeras y a los médicos que están en el hospital regional atendiendo a los enfermos. Ya terminó de hacer las caretas de acetato que se usan como máscaras protectoras contra estornudos. Esas ya están listas para que las pasen a recoger y las lleven a médicos y enfermeras que tanto las necesitan. Se tiene que apurar con los tapabocas. Entre puntada y puntada decide que ya es tiempo de ponerse manos a la obra y resolver el tema de Chayito, la cuidadora de don Eulalio, el anciano del departamento 8. La chica es un foco de infección, va y viene todos los días. Sabrá Dios lo que pisa, los lugares en los que se mete, la gente con la que está en contacto durante el trayecto. Como dice Pilirín, la del departamento 10, ninguna precaución sobra. Escribe en el chat de vecinos y les propone poner fin a esta situación. Se sorprende de que no todos estemos de acuerdo.

3.

Chayito es una mujer regordeta, de piel muy blanca, pelo muy corto y sonrisa fácil. Imposible calcularle la edad: podría tener cuarenta o sesenta. Desde que empezó la pandemia, ella daba gracias a Dios porque el joven Eulalio no había fallado con el pago de sus quincenas. A esas alturas, ya era la única de la familia que conservaba su empleo. Los ahorros que se hicieron en tiempos de vacas gordas —que más bien eran algo esbeltas—, iban disminuyendo con una rapidez inexplicable. Ya era absurdo pensar en recortar otros gastos, lo que seguía era dejar de pagar, pero no conseguía quitarle a su familia la costumbre de comer, de llevarse un bocado al día para aplacar el hambre.

Así que, lo de menos eran los gritos de don Eulalio que todos los días se olvidaba de quién era ella. Todos los días se enojaba al verla entrar y ella le tenía que recordar que era la cuidadora. A veces le gritaba, ni modo. Además, le tenía aprecio. Le preocupaba esa ansiedad que le daba por salir de casa y aporrear la puerta. Tenía que ingeniárselas para mantenerlo en calma y que los vecinos del condominio no se quejaran del ruido. A veces era sencillo, le decía que ya habían salido y se lo creía. Otras, no se tragaba el veinte. Por lo general, se ponían juntos a ver por la ventana.

Por donde se le vea, Chayito no puede perder su trabajo y lo va a defender, estoy segura.

4.

Pilirín le manda un mensaje privado a Patricia, antes de hacerlo en el chat del edificio en el que sólo se tratan asuntos sobre cuestiones administrativas y de bienestar común. Se sintió tan mal cuando la censuraron por mandar mensajes de buenos días, de bendiciones y cadenas de salvación. Este chat se usa exclusivamente para temas del buen funcionar de nuestra comunidad,

le dijeron. Así que ahora, prefiere consultar en privado con Patricia antes de volverse a equivocar. Ni por equivocación quiere sentirse fuera de lugar, le da pánico quedarse fuera.

Aunque, debe decir que extraña la ayuda de Gloria y hay momentos en los que se arrepiente de haberle pedido que dejara de venir. Total, de todas formas le seguía pagando, menos, casi una cuarta parte. Preferiría pagar todo completo y contar con su ayuda. Agita los brazos por encima de su cabeza para espantar esos malos pensamientos. En el otro chat le dijeron que esta pandemia nos tenía que enseñar algo, a lo mejor lo que ella tenía que aprender era a lavar los escusados.

Patricia le contesta el mensaje privado. Huy, que alivio. Está de acuerdo. Llamará a su hermano que está en el Ejército y le prohibirán la entrada a la enfermera esa que está tan necia. Ellos formarán un cerco sanitario en el vestíbulo con los vecinos que se sumen y él estará afuera por lo que se ofrezca. Lo pone en el chat de los vecinos. Algunos decimos que esa es una mala idea.

5.

Don Eulalio está sentado al borde de la cama, mira por la ventana. Las calles están vacías, no hay autos en el arroyo vehicular, no hay peatones en las aceras. El cielo está azul. Una parvada de golondrinas hace círculos. En los días soleados las corrientes de aire son notablemente más suaves, y ellas aprovechan de una forma instintiva para volar a mayor altura, ya que es ahí donde tienen mayor probabilidad de encontrar pareja lista para aparearse, para amarse.

Don Eulalio deduce que cuando las golondrinas vuelan bajo y es un día soleado, los mosquitos están a ras de suelo, porque en la altura hace viento: hará buen tiempo. Seguro no va a llover. Al ratito, podré salir a caminar, ¿por qué Lucila no me ha traído el desayuno? A lo mejor se fue a llevar a los niños a la escuela. Si no se apura, se me va a hacer tarde para llegar a trabajar. Seguro se quedó a platicar con las otras madres que llevan a sus hijos al jardín de niños.

6.

No puedes pasar, regrésate a tu casa. Chayito mira una fila de personas disfrazadas como astronautas. Van con batas quirúrgicas, gorros, guantes, lentes y botas de las que se usan en el quirófano, llevan tapabocas y una careta de acetato que les cubre el rostro. No se les ve un milímetro de piel. Ella usa el tapabocas y la careta que le regaló la señora Patricia hace unos días. Los guardianes del edificio le apuntan con aerosoles, esponjas y desinfectantes.

Voy a pasar, es tarde y don Eulalio tiene que desayunar, con permiso. No puedes pasar, regrésate a tu casa. Chayito se limpia el sudor de la frente y avanza dos pasos. El pelotón también. La enfermera se alisa la manga de su uniforme tan blanco. Los encara. Los mira directamente a los ojos y lentamente se despoja del tapabocas. Están en peligro.

Pilirín saca su teléfono, aprieta la tecla de marcación rápida, pide auxilio a su hermano que está fuera del edificio. Entra con un destacamento de soldados.

7.

Chayito está en medio. Por un lado la apuntan con desinfectantes, por el otro con armas largas. Eleva las manos al techo. Con una seña, apunta al bolsillo de su suéter. ¿Puedo mostrarle mi permiso? El militar se acerca a ver el salvoconducto que debe ser personalizado e intransferible. La enfermera extiende el documento que sacó por internet, como marca el procedimiento, y se lo entrega junto con su identificación.

El militar lee la casilla de motivo, dentro del formulario. Asistencia a adultos mayores. Un relámpago le recorre el cuerpo. Cierra los ojos y asiente. Baja la cabeza frente a la enfermera. Aprieta los dientes. Vámonos, ordena. Se vuelve a mirar a los astronautas: ¿En serio, gente, en esto nos hemos convertido?



Paúl Núñez

El rey

María Elena Sarmiento

Olmeca nació en Bruselas, en donde vivían entonces sus dueños. Aunque es mexicano hasta el tuétano, se ha ido mudando con ellos conforme la familia se mueve de país a país. Hoy vive en la embajada de México en Canadá, una hermosa casa de tres pisos con jardín y alberca cerca del bosque. Escucha las conversaciones de propios y extraños quienes, al ver la residencia montada con tan buen gusto, opinan que los que viven ahí parecen reyes, sólo tienen que mover un dedo para tener todo lo que desean. Olmeca no necesita entender idiomas para darse cuenta de que no todo es perfecto. Las conversaciones por Skype demuestran que para estar completo, al hogar le hacen falta los otros 2 hijos que se han quedado esparcidos por el mundo: uno viviendo en Oaxaca y la otra estudiando en algún país europeo en donde consiguió beca para seguir con su posgrado. Muchas familias viven separadas. No hay nada que lamentar porque cada uno de los integrantes de ésta, hace lo que cree que es mejor.

Aunque Olmeca algunas veces se ha escapado a husmear por todos los rincones, sólo ciertas áreas de la residencia le son permitidas. La sala está fuera de su dominio y el despacho del embajador en el segundo piso y el consulado del tercero están prohibidos por completo. Por eso, no se entera de sus labores para estrechar los lazos entre países o para ayudar a nuestros ciudadanos que viven por esas latitudes. En cambio, está más pendiente de todo lo que hacen mientras están en casa la esposa y la hija del embajador.

Araceli estudia el primer año del bachillerato. Olmeca se da cuenta de que mucha gente la envidia. La consideran la afortunada princesa. El perro sabe que la suerte de la niña no estriba en la cantidad de gente que la sirve por la posición de su papá, sino en el cariño con el que sus padres la han ayudado a transitar por situaciones diversas. En el camino, por ejemplo, ella ha tenido que abrirse paso en 6 idiomas.

Olmeca, con sus casi treinta kilos, se acomoda en su regazo el poco tiempo en el que ella está en casa. El instituto a veces la tiene fuera de 7 de la mañana a 7 de la noche. A esa hora, todavía llega a hacer tarea mientras apapacha a su perro. También, cuando lo amerita, es su trabajo acompañar a su papá a ciertas ocasiones.

Carmela es la que trabaja mucho tiempo desde su casa. Se ha convertido en directora de una organización de diplomáticos que ayuda a los más necesitados. A veces, para estrechar lazos con otras naciones hace falta invitarlos a la

residencia. Entonces la esposa del embajador tiene que poner el nombre de México en alto y tratar a los invitados como si fueran reyes. Para eso, trabaja con entusiasmo. Hoy, Olmecca la acompaña hasta la puerta del coche. Carmela va feliz, a entregar el dinero que ha recolectado.

Olmecca aprovecha su ausencia para sentarse en la alfombra de la sala. Desde ahí vigila que cada quien haga su labor y le rindan pleitesía. A esa casa no entra nadie sin al menos, acariciar un poquito al rey.



Paúl Núñez

La fuerza de la inercia

Virginia Meade

Bitácora personal de Áini GriV

La membrana se adhiere a mi piel mostrando con fidelidad mi cuerpo; me avergüenza cómo me veo. He sido gordo desde que me acuerdo, incluso más que el estándar de los selenitas. Al escoger la carrera de investigador científico creí que lo menos importante sería mi apariencia. Error. Dentro de esta membrana parezco un gusano espacial.

Mientras revisamos que todos los sensores se activen, respiro hondo y termino de adaptarme al traje. Estoy listo. Me reuniré con los demás en la nave nodriza.

Mi extraordinaria investigación del pulso lunar al fin será una realidad; irá de la mano con en el proyecto de transmisión de datos entre la Tierra Madre y la Luna; desde aquí, la señal saltará a la estación espacial marciana para llegar como objetivo final al cuarto satélite de Júpiter: Europa, el nuevo hogar de la raza humana: terrícolas y selenitas. Me gusta jugar con la idea de que ellos son homoterrestres por su naturaleza enraizada a la tierra y nosotros seríamos homolunares; vivimos en un ambiente adaptado a los primeros habitantes que necesitaban la atmósfera de gravedad artificial, los que nacimos aquí ya traemos incorporada una fuente integral de fluidos vitales.

Debido a su fragilidad biológica los terrícolas no soportarán el viaje al satélite jupiteriano; seremos nosotros quienes iniciaremos el viaje. ¿Cómo llamaremos a estos humanos? ¿Jupiterianos? ¿Novo humanos?

Desde hace décadas se descubrieron los mantos acuosos en el satélite y con los datos que recojan las membranas, enviados a través del pulso lunar, los seres humanos llegarán a Europa en la misma fase evolutiva, tal como está la Tierra Madre ahora, sana y habitada por vida animal, vegetal y mineral. Cuando la situación se considere estable, el proyecto se extenderá al resto de la galaxia.

Qué bueno que la rama viva de la ciencia explore el universo a través de la filosofía del camino suave; es la etiqueta que nos han impuesto otros científicos porque declaran que no nos gusta correr riesgos; yo creo, que, si nuestros años de vida son por lo menos el doble de los humanos del siglo XXI, tenemos el tiempo para ir por un paso seguro. No. En realidad, nos dicen así porque actuamos con lentitud.

Si bien los detractores de siempre: los grupos religiosos que condenan nuestros esfuerzos manifestando que, si Dios hubiera contemplado que el universo estuviera poblado por humanos, así sería. En mi opinión quizá deseaba que los seres humanos encontraran el camino hacia los planetas; por otro lado, los líderes políticos, los grandes conglomerados tienen sus razones basadas en los intereses de sus organizaciones; ni siquiera me dignare a opinar

sobre si ellos quieren comprar los metales preciosos y la riqueza del subsuelo; sabiéndose que sus protestas son una careta; prefiero oír las voces racionales de los científicos que han promovido la preservación de la vida en la tierra y en la luna:

“Nuestro planeta es una solitaria mota de polvo en la gran envoltura de la oscuridad cósmica, no hay ningún indicio de ayuda que pueda llegar desde el exterior para salvarnos de nosotros mismos.” Carl Sagan, *La Tierra* 1990.

La Membrana tiene alcances insospechados, que quizá sobrevivan a mi existencia. Constantemente me preguntan por qué lo hago; no tengo más que la respuesta de siempre: porque podemos. El conflicto es que no sabemos detenernos. Es la fuerza de la inercia. Pienso en los libros de historia científica donde se discute el invento del plástico: fue maravilloso contener en envases que no se rompieran toda clase de materiales; sin embargo, ese mismo derivado orgánico del petróleo, ese polímero, contaminó por cientos de años a la Tierra. Nuestra soberbia nos pierde.

“La suerte de la humanidad civilizada depende, en grado más alto que nunca, de las fuerzas morales que ella pueda evocar. Por esa razón, el problema que se plantea a nuestra época no es más fácil que los resueltos por las últimas generaciones” Albert Einstein, 1954.

Cuando me nombraron científico del siglo por mi tesis: Transferencia de datos a través de una membrana orgánica que absorbe información del ADN de los seres vivos para ser duplicada, no creí que comandaría a los miles de científicos exploradores que nos trasladaremos hoy a la tierra para cosechar.

Mi equipo y yo, utilizaremos las rutas de los antiguos meridianos y paralelos terrestres; partiremos de los polos hacia el ecuador. La membrana transferirá cada uno de los datos del ADN de cada nicho ecológico existente en la Tierra Madre, que, aunque está exhausta después de sostener la vida de billones de seres, gracias al Proyecto de Recuperación que los grupos de humanos terrestres pusieron en marcha hace casi un siglo, contiene vida.

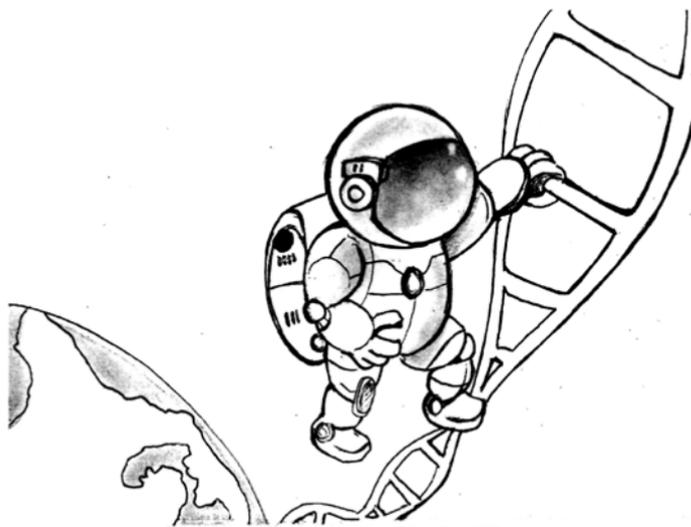
Vamos a obtener la información a través de los millones de sensores en forma de filamentos que, al percibir a los seres vivos, en sus nichos biológicos donde quiera que estén: bajo tierra, sobre la superficie o en la atmósfera, captarán, escanearán y almacenarán información, para enviar los datos a la sala orgánica de recuperación de la luna. Físicamente recolectaremos muestras de todo tipo: tejidos, deshechos, cadáveres. Es innecesario extraer especímenes vivos de su hábitat. Otros científicos exploradores obtendrán muestras de todos los cuerpos de agua.

La membrana absorberá e identificará las moléculas para después recrear a cada individuo en Europa, el satélite menor de Júpiter. El traje tiene un tiempo de vida de cinco años; después se irá desintegrando. En ese lapso, estudiaremos los cambios que sufra nuestro organismo, porque, a pesar de habernos preparado

para vivir con la gravedad terrestre, quizá al terminar su vida útil nosotros no sobrevivamos y deban rescatarnos. Por supuesto, en esos cinco años, seguiré estudiando los efectos de la membrana que igualmente podrá servirnos en la generación de otros lugares habitables. Dios esté con nosotros.

Fin de la entrada 1/1825

<http://www.ÁiniGriV.uni>



Paúl Núñez

Felisberto Hernández o el aleteo de la levedad

Enrique Héctor González

1

Lentitud, pasmo metafísico, afán memorista, nitidez en la creación de imágenes, son consideraciones que surgen a menudo de la lectura de Felisberto Hernández (Montevideo, 1902-1964), el escritor uruguayo que responde por una de las obras narrativas más originales de cuantas se hayan producido el siglo pasado en el sur de nuestro continente. Autor de una literatura que devela lo que hay o puede imaginarse detrás de las apariencias de lo real, escribió casi siempre historias contadas en primera persona y desde una *soledad presocrática*, a decir de Julio Cortázar, pues su contacto con lo real antecede a la razón: es pulsional y físico.

Se trata de relatos interiores, de personajes encerrados en sus pensamientos como en cuartos de escasa luz y, sin embargo, lúcidos y desaforados; de seres que devienen objetos móviles asfixiados por el mundo, por una existencia que los ahoga y los llena de hipos y jadeos, esperando siempre que alguien encienda las lámparas, que ocurra algo que los libere o los haga desaparecer. Correlativamente, las cosas, las casas, la naturaleza, la atmósfera misma en que transcurren sus historias son agentes de cambios inauditos, prosopopeyas vivientes a las que los seres humanos parecen haber trasladado sus sentimientos y vivencias, su voluntad de ser. El protagonista de “El balcón”, por ejemplo, pianista contratado por un viejo para animar el desangelado encierro en que vive su hija, observa con esa rara sensibilidad tan frecuente en los personajes de Felisberto: “Cuando fui a hacer el primer acorde, el silencio parecía un animal pesado que hubiera levantado una pata”.

Motejarlo de surrealista o fantástico, según el autor de *Rayuela*, es humillararlo en la medida en que este juicio lo aísla y lo sujeta a un marbete ceremonioso que ya casi no dice nada de tan traspapelado. Se trata, más bien, de un cultor del desencanto, un “testigo sin ganas”, un “espectador al sesgo” de la realidad y la literatura. En el pequeño prólogo (una página) que antecede a “Las Hortensias”, cuartilla que Felisberto intitula “Explicación falsa de mis cuentos”, alega que sus textos “carecen de estructura lógica”. Como en el caso de muchos otros escritores, tenemos que tomar con precavida distancia tal sentencia, sobre todo si el mismo autor se ha encargado de ponernos en guardia con el taimado epíteto de “falsa” que atribuye a su exégesis. El nombre del protagonista de la historia citada —una de las más largas que escribió y que cómodamente puede leerse como una apretadísima novela corta—, Horacio, tarda en aparecer, luego de llamarlo “el dueño de la casa” y aun de otras formas, postergación que constituye un rasgo estilístico típicamente felisbertiano: la ocultación de una realidad que se presenta, casi siempre, como escalada de develaciones.

2

Las imágenes de los relatos de Felisberto Hernández devienen con frecuencia música visual: suenan al verse, son formas pre-vistas por el oído, siempre a punto de hacerse escuchar, como la muñeca que, frente a los cubiertos de una mesa, parece menos dispuesta a comer que a tocar el piano, ocupación que desempeñó el autor de manera profesional a lo largo de toda su vida: sus cuentos, en ese sentido, parecen correr sobre una partitura, como si quisieran contar para mejor cantar. La misma oscuridad de sus atmósferas funciona como una masa sonora, escritura plenamente plástica, sinestésica, con su algo de locura latente o explícita: casi siempre hay un socio incómodo, un centinela poco avisado, un prestamista en lo íntimo del ser de los personajes que no los hace ser otros sino ellos mismos, pero a deshoras: “Yo estaba destinado a encontrarme solo con una parte de las personas, y además por poco tiempo y como si yo fuera un viajero distraído que tampoco supiera dónde iba”, escribe el protagonista de “La casa inundada”.

Es posible que la tímida aliteración que se advierte entre los nombres del personaje y su muñeca, Horacio y Hortensia, en el relato largo aludido líneas arriba, refleje la mudez de su amor amordazado. Porque sin duda este existe, lo mismo que los celos de la esposa, María, algunas de cuyas explosiones emocionales asumen la forma de un calembur avieso: “¡Qué le habrás hecho en el patio para que ella te dijera: ‘¿Qué Horacio este!’ Pero querida, ella me dijo: ¿Qué hora es?”. Y dado que el estilo de Felisberto, sin duda una de las notas más altas en el concierto narrativo de su obra, consiente el supremo artificio de volver audible y aun visible el silencio, la vivificación de los objetos y la objetualización de los personajes (dos caras de la misma moneda) producen una suerte de vacío existencial cuyo tráfico es a menudo un ruido, un ligero aleteo: el que hace el presente inmediato, pues casi todos sus cuentos asumen la instantaneidad de la imagen poética como su tiempo propicio.

A este respecto, Nicasio Perera ha observado que un atributo de su escritura es el uso frecuente de verbos en imperfecto (por ejemplo, el copretérito), forma que “conjugua sus valores de pasado, de inacabado, de durativo, muy aptos para producir angustia en el lector”. Este “presente del pasado” –de ahí su nombre de *co-pretérito*– proyecta simultáneamente la evocación sobre el presente de la conciencia que narra y sobre la conciencia misma del lector. Aun las “torpezas sintácticas” que observa Ángel Rama en los cuentos de Felisberto dan la impresión de ser anomalías deliberadas que denuncian ciertos tropiezos de planos de realidad que se quieren simultáneos, como en el cubismo, y que pueden leerse, a final de cuentas, como interferencias entre la ficción y la realidad, solo que en Felisberto los personajes parecen ignorar o desinteresarse por saber dónde está la frontera entre ambas, qué circunstancia o situación pertenece a cada cual.

3

Con frecuencia, para hablar de los objetos el narrador echa mano de su comparación con alguna persona: “La pequeña puerta de entrada era sucia como una vieja indolente”. La realidad y sus atributos, la naturaleza y sus animales, son enormes depósitos proyectivos, como en Poe, de las emociones de los personajes, rasgo heredado del viejo romanticismo que en Felisberto no soslaya su naturaleza de incómoda o remedante resurrección, pues se trata de historias donde la depresión vital es una tristeza que se traslada a los objetos sin triturarlos con su asma taciturna sino más bien haciéndolos refulgir a expensas de un misterioso sentimiento de camaradería y generosidad: “Se pusieron a conversar como si abrieran las puertas de dos jaulas, una frente a la otra y entreveraran los pájaros”.

No es imposible, en ese sentido, que Felisberto haya leído a ese otro gran objetualizador de la realidad literaria que fue el escritor español Ramón Gómez de la Serna, quien desde los últimos años treinta vivió en Buenos Aires, donde murió en 1963, justo un año antes que el escritor uruguayo. También Ramón –así se hizo llamar siempre– se quiso acompañar, como el personaje de “Las Hortensias”, de una muñeca a la que reverenciaba con su aire de gran señora; al atmósmo de esta comedida coincidencia, hay en la obra de ambos un inusitado universo hacinado, móvil y dócil a la emoción surgida desde la gastada orilla de un mueble o un gesto corpóreo; esto es, una evidente avidez del mundo como cosa viviente, alimento para saciar la ingente capacidad de asombro de sus personajes.

4

Los relatos de Juan Carlos Onetti, el otro gran cuentista uruguayo del siglo pasado, comparten con los de Felisberto alguna atmósfera onírica, cierto automatismo psíquico como revés de la trama de la vida-en-sí. Se trata de una literatura que podría arrogarse, en ambos, el título de un libro muy distinto y casi antitético de los escritos por los autores uruguayos, el *Material de los sueños* de José Revueltas, que los acogería con pertinencia, sí, pero también con cierta oblicua obviedad; solo que en el autor de *Juntacadáveres* no aparecen, o nada más por excepción, un yo-narrador tan intenso y verborreico ni las dificultades de la escritura como hilo conductor del relato. En “Las dos historias”, por ejemplo, Felisberto hace del apunte, del mero borrador del protagonista, dos relatos inacabados y contruados a retazos obtusos de imágenes imprecisas. Pero así como ese personaje y narrador en primera persona es con frecuencia un escritor, naturalmente suele encarnar asimismo, como ya se ha dicho, en un pianista empujado sobre el mal sueldo de contratos inverosímiles y caprichosos de viudas ricas o salas desoladas, con lo que el autor cubre el doble perfil de sus dos pasiones obsesivas. En “Las Hortensias”, por ejemplo, Walter toca

música mientras Horacio se pasea en escenarios fantasmales, casi como lo hizo el propio Felisberto cuando, para ganarse la vida, tocaba la pianola en cines que exhibían películas mudas.

5

De otra manera, absolutamente distinta a la literatura de Borges, la de Felisberto Hernández, escasa, reducida a no más de cuarenta historias de extensiones que oscilan entre las diez y las sesenta páginas, conjuga una curiosa reticencia a la retórica o a la dificultad léxica con una hipertrofia de la realidad contada que se dispara múltiplemente en planos de situaciones plenos de sugerencias psicológicas y aun metafísicas. Como en Borges, no son las palabras en sí mismas, la mayoría de las veces inusitadamente simples y hasta banales, sino su acomodamiento y poder de evocación lo que singulariza los cuentos. Pero, a diferencia del autor de *Ficciones*, el *aleph* de Felisberto no es un universo pascaliano cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna sino un mundo de consistencia fantasmal y dimensiones divergentes donde las ventanas “se habían quedado distraídas contemplando hasta último momento la claridad del cielo”.



Paúl Núñez

La cosa

Andrea Fischer

I.
Piedras,
cemento:
pabellones de un camposanto.
Y luego los pasos
que se extienden por el piso.

II.
Dos personas
que no se conocen
caminan juntas
viendo la basura
que quedó
de las fiestas pasadas:
 cempasúchil,
 rehiletes,
 globos desmembrados.

III.
Hay dos luchadores
de plástico
enfrentándose
sobre la tierra
que cubre
una tumba:
 Ahí hay una muy buena foto.

IV.
Es enero.
La tarde palidece:
 Pasaron siete horas.
 Ni las sentí.
Ésa es la cosa.



Paúl Núñez

GANADORES

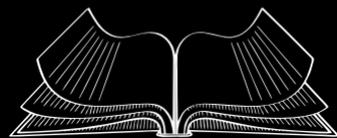
1ER. CONCURSO DE

ilustración

BLANCO

Y

NEGRO



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO



1er. lugar

Pasamontañas
María Elena Martínez



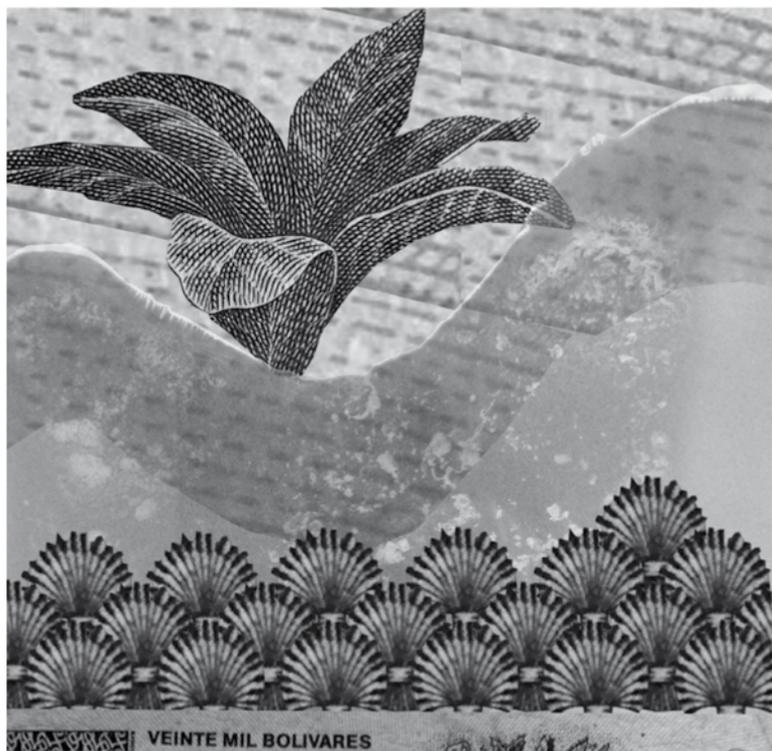
2do. lugar

Retrato
Paola López



3er. lugar

Azyhadeé Terán



Mención honorífica

Veinte mil bolívares
Mariángela Abbruzzese



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

**Pon en marcha tu capacidad de comprensión
y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje
y el placer.**

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

**Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias
para impulsar y fomentar tu creatividad.**

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

**Aborda las diferentes corrientes y conoce
los elementos estéticos que te ayudarán a
apreciar cada expresión artística.**

**Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org**



QUIÉREME BIEN O NO LO HAGAS

Quiéreme bien o no loagas
Jennifer Frías

ESCUCHÉ TU AUDIO



COMO 20 VECES

Escuché tu audio como 20 veces
Jennifer Frías



Delfinne 10 mins. 1990.

Delfinne
Miguel Ángel Contreras



Mujer frente a serpiente
Andrea Fischer



Sin título
Rodrigo Amaya Trucchi

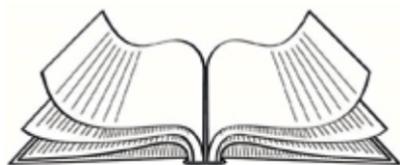


Sin título
Rodrigo Amaya Trucchi



CÓDIGOLIBRE

www.codigolibreradio.com



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

Con Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla
y Raúl Sanz

SIGUE SUS PODCAST EN



Listen on

Apple Podcasts



Spotify



Listen on

Google Podcasts

Escucha los programas todos los miércoles 22:00 hrs.

Apoteosis

Antonio Guevara

Diego tiene 15 años. Vive en una vecindad del barrio de Tepito. Luego de vender ropa por las mañanas —en un puesto informal que su familia tiene desde hace años— entrena boxeo.

Quiere ser campeón regional, luego nacional, después—sueña en grande— campeón mundial. Tiene un gancho derecho muy violento. Su entrenador dice que es un peleador nato de nocauts.

Diego hace fintas, se desplaza de un lugar a otro, se cubre, busca el mejor ángulo y en el momento adecuado; la explosión contenida en su brazo derecho se estrella en el rostro del contrincante. Las endorfinas y neurotransmisores rugen dentro de su cerebro y Diego siente elevarse al reino de los dioses.

Estancado en peleas de bajo perfil, donde la única forma de obtener dinero es apostando, Diego buscó al delegado de la Cuauhtémoc para que lo apoyara.

—Mira, Dieguito. Tengo una pelea en la Coliseo para ti. ¿Le entras?— decía el político en tono de gánster.

— ¡Claro, señor! Nada más dígame cuándo.

—La semana que viene. ¿Tienes el aval de La Comisión de Box y Lucha?—el delegado sabía la respuesta a esa tramposa pregunta.

—No, señor.

—Huy, entonces va a ser imposible que luches. Ese permiso lo tiene cualquier cabrón que es bueno para el trompo.

—Haré lo que sea, patrón. Nada más disponga —Diego transmitía desesperación, como si aquella fuera su última oportunidad de ser alguien.

— ¡Sale, mano, nomás porque me caes bien! Vas a ir a este gimnasio, preguntas por mi compadre: Nino, que vas de mi parte. De una vez te digo que tienes que ponerte las pilas, pero si cumples te va a ir muy bien.

Nino colocó al muchacho en varios combates por toda la República a cambio

de favores sexuales. Nunca obtuvo ningún campeonato. Su récord era negativo. Para ganar más dinero —por órdenes del entrenador— perdía a propósito. Diego malgastó sus ahorros en poco tiempo. A los 19 años estaba retirado del boxeo.

De nuevo fue a pedir la ayuda del delegado, éste ya ostentaba otro puesto.

—A ver, maestro. Tengo una chamba para ti. ¿Conoces esta preparatoria?—le mostró una fotografía de la fachada del lugar. —Necesito que entrenes a un grupo de personas que trabajan para mí. Te puedes seguir ganando la vida con lo que te gusta: los porrazos. ¿Te interesa? Eso sí, requiero completa discreción. No trabajas para nadie pero me respondes a mí. ¿Estamos?

—Por supuesto, patrón —contestó el joven con cierta lealtad y con una voz que trataba de sonar segura.

— ¡Así me gusta, Dieguito! Ve a la escuela y busca al Padre, es el vato que mueve ahí.

Diego fue porro 7 años. Taloneaba estudiantes, secuestró camiones para ir a partidos de fútbol americano, saboteara marchas estudiantiles, agredía a otras organizaciones porriles, tenía su expediente de antecedentes penales y había estado un par de veces en el Reclusorio Oriente. Un día—camino a la preparatoria— lo amagaron entre varios y le dieron una tremenda golpiza que lo mandó varias semanas al hospital.

Habló con su amigo el ex delegado para salirse de aquel mundillo. No era tan fácil. Lo ideal era desaparecer, aunque la confianza que tenía de años le permitió huir sin temor a represalias.

Consiguió trabajo en un bar de mala muerte. Diego era cien veces más torpe en comparación con sus inicios en el boxeo. Cuando golpeaba borrachos e impertinentes recordaba cómo su gancho derecho lo hacía sentirse en el reino de los dioses. Ahora sólo podía percibirse como un ganador al golpear a gente que no sabía defenderse.

Cierta noche vio a un joven orinando en la parte trasera del bar. Diego lo encaró, hizo fintas, se desplazaba de un lado a otro, se cubría, buscaba el mejor ángulo; entonces su gancho derecho recuperó sus años de gloria, estampándose en el rostro de aquel infeliz.

Diego estaba eufórico mientras sus compañeros le echaban montón al inconsciente parroquiano. Un grupo de jóvenes que pasaban por el lugar, viendo

esa lucha tan dispareja, se dejaron ir contra los elementos de seguridad dándole vuelta a la situación, uno de ellos le asestó a Diego un golpe contundente en la cabeza.

En silla de ruedas, incapaz de hablar y funcionar, Diego volvió con su familia a la vecindad en Tepito. Sus padres aún vendían ropa y todos los días sacaban al inválido. Le colocaron un letrero de discapacidad y un frasco para que pidiera dinero.

Uno de sus hermanos lo llevó al metro Pino Suárez, el flujo de personas era más nutrido y las limosnas mejorarían. Diego dirigió su silla al borde de las escaleras, el empujón final lo dio con su brazo derecho, en otros tiempos fuerte y veloz. Su familiar huyó disimuladamente luego de reaccionar tarde a la caída.

Ahora, tal vez, Diego esté tocando el reino de los dioses.



Paúl Núñez

Venta por viaje

Francisco Duarte Cué

El año suele arrancar con días poco recomendables, fríos, oscuros y difíciles de llevar tras la alegría de las fiestas. Así ni ganas dan de levantarse y, en lo que calienta el día, todos nos quedamos viendo las pantallas de nuestras máquinas. Encendí la mía y me dio la bienvenida con un mensaje: “Se vende todo por viaje muy largo. Laura”.

La contacté como a la media hora de haber visto su invitación electrónica y me dijo que, en efecto, vendía los triques de su casa porque haría un viaje largo y necesitaba más el dinero que los adornitos que había juntado en los últimos años. Acepté su invitación y me apersoné el sábado siguiente a eso de las 11 de la mañana.

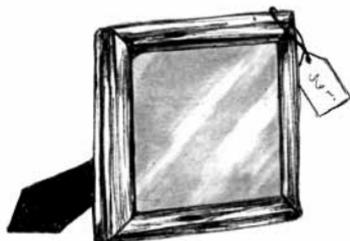
Platicamos de todo tipo de babosadas mientras me enseñaba su mercancía y me di cuenta que siempre anexaba un dejo de cariño en cada descripción que hacía de sus futuras ex pertenencias.

Casi terminando el recorrido no pude dejar de ver un grupo nutrido de portarretratos y uno de ellos me llamó la atención...”esos no los pienso vender todavía” me dijo cambiando la conversación bruscamente. Pagué por el par de cosas que mi presupuesto me autorizó y pasamos a los abrazos y apapachos propios de la despedida de un par de buenos amigos, de esos que se ven poco pero con cariño.

Pasaron unos cuantos meses cuando apareció un mensajero en una camioneta amarilla con la misión de entregarme una caja forrada de papel negro con un moño plateado. Decía mi nombre en una tarjeta con buena caligrafía. Lo abrí de inmediato.

La tarjeta narraba que el dinero de las ventas lo usó Laura para liquidar a sus médicos y unas deudas pequeñas, que en efecto su viaje era largo, tan largo que ya no tendría retorno.

La caja contenía el marco que me llamó la atención adicionado con una foto de nosotros dos en una fiesta juvenil...con su letra decía: “Para que no me extrañes”.



Los santos óleos de la tía lejana

Valeria Mendoza

Dedicado a los últimos hablantes del kiliwa.

Creí que mudándome al centro del país no volvería jamás a pisar esa tierra de harapientos paganos. Siempre he pensado que su miseria es ganada, que el Señor se olvida de ellos porque han defendido a capa y espada su politeísmo, lanzando improperios a cuantos proponen levantar una iglesia. Mi madre fue lista, se aferró al primer evangélico, hombre de letras, que conoció; aunque dice que nuestra blanca es puro azar y que en el fondo migramos. Yo le sigo la corriente, pues ha envejecido.

Hace días la llamó una amiga de la juventud para contarle que se dio una vuelta por el pueblo y cierta familia le preguntó por ella. Jalaron bruscamente a Amalia hasta una choza, por eso hizo la llamada espantada:

—Doña Itzae se está muriendo, la señora que nos cuidaba, acuérdate que te pescó del torso cuando casi te quemabas... Acuérdate, somos buenas cristianas.

Resulta que es pariente suya, por tal razón voy con el cura a un lado; la pistola está bien oculta (en caso de que uno de estos salvajes se me oponga).

Ya asomándose la hojarasca típica, las piedras apiladas, las caras vacuas, el sacerdote pronuncia en tono de pregunta retórica:

—¿El gobierno viene por aquí?

—¿Verdad que es evidente?, la gente pone todo su esfuerzo para que no cambien sus formas de gobernar o legislar.

—Es que, mire, cualquiera puede augurar que en un par de años estas personas serán fantasmas. “Ayúdate que yo te ayudaré”, dice el Altísimo...

Debemos bajar. Al caminar me da la impresión de que a mi visita no se resistiría ni un alma, y así ocurre. Observo de soslayo al cura mientras guardo el arma sutilmente.

Ignoro si localizo la vivienda debido a la excelente memoria de Amalia o a mis ganas de regresar al carro para detener los recuerdos de mis primeros años aquí. Al momento de ingresar la moribunda abre los ojos llena de terror, no se tranquiliza, hasta que le muestro la foto de mi madre. Apenas

el sacerdote procede a dar el sacramento la mujer empieza una letanía en lo que percibo como una mezcla extraña de francés; luego recuerdo que en mis libros de idiomas la lengua francófona no aparece ligada a este lugar. Grita llorando si se le acerca la cruz, e incluso llegamos a idear que está poseída.

—¡Vámonos, padre!

—Si gustas, espérame afuera, hijo; tranquilo, está en buenas manos.

Pero noto jadeos, palidez, casi lo mismo que le vi a mi hermano minutos antes de partir.

—Que nos vayamos —apunto con la mano temblorosa.

El pecho de Itzae ha quedado estático.

—¡Su cuerpo, hijo, llama a alguien!

—Deje que los muertos entierren a sus muertos.



Paúl Núñez

Irrepetible derivación de ciertos actos tétricos

Javier M. Paguaga

Tras coger el mando a distancia se disponía a echarse en el sofá. Y entonces, repicó el teléfono. Apretó los labios, apagó el sonido del televisor y contestó al tercer repique. Frunció el ceño. Era Hugo que llamaba para darle la noticia.

Steven había muerto al estrellarse en su moto contra un árbol. Sobre la acera, estuvo agonizando unos minutos antes de morir, quizás delirando algo menos triste y aterrador. Era cuestión de tiempo, pensó. De algún modo, estaba convencido de que Steven moriría con el cerebro fragmentado sobre una de las tantas callejuelas de esta ciudad-estercolero. Cuando Hugo pronunció su última palabra, del otro lado de la línea se escuchó un profundo respiro.

Lo intuía y, sin embargo, la muerte de Steven le importaba un carajo.

En el velatorio observó cuatro grandes toldos, bajo los que se resguardaban unos cuerpos plomizos. Las sombrías caras le resultaban desconocidas, desde luego. Había un cuerpo sin vida en la sala de la casa, que por ahora era el centro de aquellos murmullos ininteligibles, de las gotas salinas que rodaban bajo las tenues luces y, tal vez, del universo entero.

No tardó en encontrar a sus amigos. Al ver sus rostros acongojados, se le antojó un vaso de whisky. Tuvo que acudir al apretón de manos y a los abrazos. Quedó en silencio y casi entumecido, en señal de que él también lamentaba la muerte del amigo. Sintió la necesidad de sacar de su bolsillo los cigarrillos y salir a fumar. Cruzó por entre los rostros sombríos, que por un momento, se los imaginó danzando a sus espaldas.

Luego se acercó Max para presentarle a su nueva novia y a su cuñada. La novia sostuvo un apretón tendido y rígido mientras esbozaba una sonrisa que él confundió con otras intenciones. Se limitó a sonreír y a observar el cielo ennegrecido.

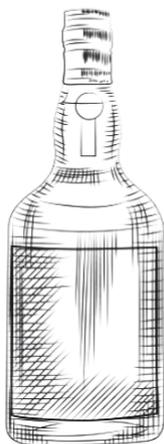
Al poco tiempo se percató de que estaban sucediendo tres cosas que lo enfurecían: trasnochar, estar cerca de un cadáver y escuchar las cansinas versiones sobre el accidente. Hablaban de las inverosímiles volteretas que dio el cuerpo sobre el pavimento, de lo irreconocible que había quedado el rostro, del tatuaje que sirvió para reconocer el cuerpo en la morgue. La vida no podría ser más insoportable, suspiró furioso.

Pidió un vaso con ron y Coca-Cola. «Tú sabes, por Steven». Casi de inmediato, arrastró un segundo vaso a su boca. Le llegó una visión del rostro desfigurado del cadáver. Un temblor trepó desde su pecho a la garganta.

La tenue brisa se volvió lluvia, y la lluvia hacía ver los hechos recientes mucho más fúnebres de lo que le habían parecido hasta el momento: la dulce sonrisa de la novia de Max, las muecas pueriles de la cuñada, la sangre danzando con los fragmentos de sesos de Steven bajo la lluvia.

Entonces, no lo pensó más. Al carajo con esto, dijo para sus adentros. Tomó la botella, apuró un largo trago y se dirigió rápidamente a su camioneta.

Al día siguiente no asistió al funeral.



Paúl Núñez

Tortura a la mexicana

María Elena Sarmiento

Sabemos que la profesión del médico es de las más sacrificadas, que estudian años antes de poder llamarse doctores, que pasan días enteros de trabajo estresante y, a pesar de todo, esperamos que nos traten con tranquilidad y dulzura cuando nos aqueja alguna enfermedad. Nos extrañamos de verlos con prisa y con poca empatía. ¿Quiénes son esos seres que visten de blanco y tienen la curación de nuestro cuerpo en sus manos? ¿Por qué la “visita de doctor” dura tan poco? ¿Cómo han llegado a ser lo que son?

La mayoría no imaginamos la dureza que han tenido que vivir en su camino para convertirse en profesionales. Mauricio Sarmiento Chavero nos la muestra en su novela *En la residencia médica*, un libro que nos abre la puerta a ese mundo desconocido. Acompañamos a sus personajes mientras tratan de pasar su periodo de aprendizaje práctico, haciendo lo posible por sobrevivir a la tortura que eso implica. Al hacerlo, resulta imposible no identificarse con ellos porque son de carne y hueso, seres que viven experiencias indignantes, muy al estilo de nuestro país.

El autor sabe de lo que habla porque es médico y ahora, además, está a punto de recibirse de abogado. Con un sentido del humor cáustico, nos platica la manera en la que se desarrolla la vida cotidiana en los hospitales y, al hacerlo, te atrapa. Resulta muy difícil soltar su libro. Uno quiere seguir leyendo, enterarse de qué pasa, a quién van a castigar y cómo.

En la residencia médica es una novela no sólo divertida sino que, además, te hace reflexionar. La recomiendo mucho para todo tipo de público y en especial para aquellos muchachos que estén pensando estudiar Medicina.



Paúl Núñez

En la jaula de los cocodrilos

Mauricio Sarmiento Chavero

Los niños caminaban sobre el puente de vidrio templado que cruza la jaula de los cocodrilos.

—¿Y son felices los cocodrilos en su jaula? —preguntó uno de ellos al cuidador que los acompañaba.

—¡Claro que son felices! —contestó el cuidador—. Los animales son felices si viven de acuerdo con su naturaleza, la del cocodrilo es estar a la orilla de los pantanos tomando el sol y acechando a sus presas.

—¿Pero en dónde están sus presas? —continuó el mismo niño—, ¿Cómo pueden ser felices si no tienen presas?

—Bueno, es que las presas somos nosotros, —dijo el guardia, volteando a ver cómo los niños se asustaban un poco— o por lo menos, eso es lo que ellos creen. El poner el puente sobre la jaula se hizo para que los cocodrilos estén contentos. Así ellos se imaginan que siguen siendo cazadores y por eso los ven ahí abajo, observándonos, al acecho. Después de un tiempo, les aventamos un pedazo de carne y ellos piensan que es un niño que se cayó.

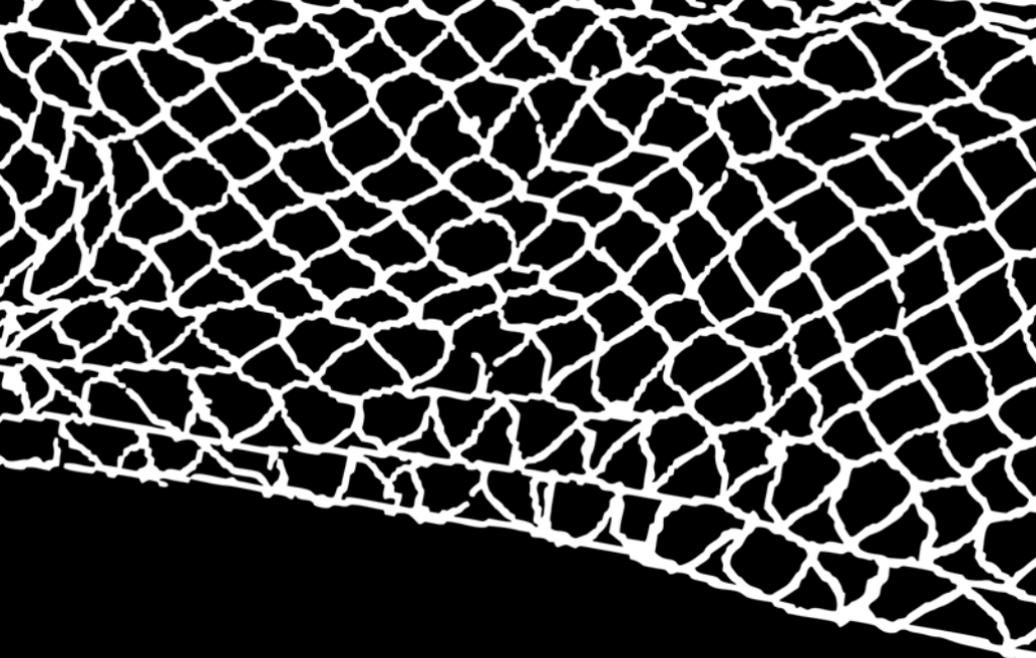
Los niños se asustan un poco más y pasean sus miradas nerviosas: primero al guardia, después a los lagartos y de regreso. El niño que había preguntado se sube un poco al barandal para ver mejor, sus pies se desprenden del suelo y su cuerpecito se balancea sobre el pasamanos. Piensa en lo difícil de ser cocodrilo, siempre al acecho, siempre causando miedo. Ve a los ojos a un cocodrilo pequeño, lee en ellos el instinto asesino del depredador. El cocodrilito entrecierra los ojos, amenazador.

—¿Entonces, son felices los niños corriendo sobre nuestra jaula? —preguntó el cocodrilo pequeño.

—¡Claro que son felices! —contestó uno de los cocodrilos más grandes—. Ellos son felices siempre y cuando conserven la ilusión de que tienen el control, es parte de su naturaleza. Nosotros nos pasamos el día entero tomando el sol y ellos nos avientan comida, así se mantiene la ilusión. A veces, muy rara vez, se cae un niño y ellos, muertos de miedo corren y gritan al ver que la ilusión se rompe.

—¿Qué pasa cuando un niño se cae? —preguntó el cocodrilito con algo de miedo.

—Nos lo tenemos que comer —contestó el cocodrilo viejo, mientras el cocodrilito se asustaba un poco más—. Si no lo hacemos, dejarían de tenernos



**Estamos empeñados
en atrapar lectores...**

para NUNCA dejarlos ir



www.porescrito.org

Ultimátum

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.*

Hombres necios que acusáis...
Sor Juana Inés de la Cruz



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir

miedo y no nos seguirían teniendo aquí sin hacer nada, tendríamos que regresar a los peligros del pantano.

Estas palabras causaron una gran impresión en el cocodrilito. Pensó en qué se sentiría ser humano y tener la ilusión de que se tiene el control de todo, qué difícil debía de ser un humano, con una felicidad tan frágil. Mientras pensaba, vio a un niño que se balanceaba de manera peligrosa sobre el barandal, lo miró a los ojos, amenazador.



Paúl Núñez

1915

Rodrigo Trujillo

El árbol del mundo tiene tres troncos unidos en el cenit. El sol es la horca de donde la luz cuelga, balanceando sus pies tibios sobre la tierra.

La peregrina del polvo marcha, asida con firmeza de la mano negra de sus muertos. No hay más que abrazos negros. Nada más que pechos negros con leche negra, para boquitas negras. Caricias negras que de tan repasadas erosionan las mejillas de los riscos.

Hay un bosque de muchachas crucificadas. En sus cuerpos desnudos se acumulan el polvo de los templos, el polvo de los huertos y el polvo de los gritos. Son las jóvenes novias del desierto. Las yemas de sus dedos se humedecen en las madrugadas. Muflones nacidos de noche, acuden a lamer las gotas.

La estantería no tiene libros. Todas las cabezas de la pared tienen los ojos cerrados. Pero cada una tiene su propio gesto. La de abajo a la derecha parece haberse quedado dormida con un bocado de pan dentro. Arriba a la izquierda, hay una inspirada por una música dolorosa y eterna. La de junto tal vez sonría bajo el bigote, a pesar del agujero en la frente y del escurrimiento oscuro a través del ojo. La del centro, sin embargo, parece mirar al cielo con los ojos entornados. El cabello es revuelto y levantado. La boca tiene el recuerdo de un rojo encendido. Desde la punta de sus dientes, asomados atrás de los labios, oigo el sonido agudo de esa canción escrita en otra tierra. Promesa exuberante del poema solar, en una lengua talada. Todos eran maestros.

Faltan aún las cabezas alzadas en las picas, junto al sarmiento retorcido que se cuelga de uvas. Pero no todo cabe en el sueño.

En medio del llano hay una perra. Es ciega, y ve sólo una noche estrellada. La perra ciega en los huesos amamanta una camada de cachorros negros, que nada harán sino yacer bajo una lluvia de estrellas ardientes.

Quisiera despertar, pero abrir los ojos es hacer más grande la noche.



Paúl Núñez



¿Quieres publicar?

Envía tus textos para valorarlos a

contacto@porescrito.org



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

Maria Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Ilustración de portada

Pasamontañas, María Elena Martínez

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,

Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.

Eloisa Valeria Martínez Carrillo, Iris Adame, Ángel Adrián
Garay Rivera, Daniela del Carmen Garce, Brand Hurrle

Cuarto de Guerra

Daniela Sánchez, Andrea D. Solano, Gabriel Villarreal,
Carolina S. Molina, Carmen Mondragón, Pablo Focerrada.

Digital

www.porescrito.org

Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veinticinco. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Abril-Mayo de 2020.**